

PUNTO DE INFLEXIÓN

Lourdes Pérez

Las acusaciones de que su política económica está trufada de falta de liderazgo e improvisación, presentes de una forma u otra en los mensajes de toda la oposición, ha hecho mella en el presidente del Gobierno. Su esfuerzo por negarlo, tanto en el debate de hoy en el Congreso como en el mitin del domingo en Rodiezmo, evidencia que es sabedor de la erosión que está sufriendo su credibilidad en la gestión de la crisis. Frente a otros problemas que pueden afrontarse y solventarse con recetas concretas, la complejidad del actual ciclo recesivo ha convertido la credibilidad de quienes dirigen la política económica en una premisa fundamental para que la ciudadanía pueda creer, pueda confiar, en la expectativa de una recuperación muy alejada aún de la apremiante realidad de sus bolsillos. Una vez más, Zapatero ha insistido en ver medio llena la botella de la economía española. Pero la gran diferencia con debates precedentes es que, esta vez, la recesión ha dejado ya de ser un problema de dimensiones generales, más o menos acuciantes para el conjunto de las economías mundiales. Esta vez se ha quebrado la comparación en lo malo: Alemania y Francia, por poner un ejemplo, han logrado invertir en el segundo trimestre del año el desplome de su Producto Interior Bruto. La falta de respuesta convincente del presidente, su actitud defensiva, ante los pronósticos coincidentes que distancian a España del final de la crisis ha marcado hoy un punto de inflexión en el pulso entre el Gobierno y la oposición. Se abre ahora una nueva fase en el enfrentamiento partidario, sin acuerdos factibles a la vista entre socialistas y populares y que amenaza con prolongarse durante un año más, hasta que pasen la presidencia española de la UE y las elecciones catalanas.

Zapatero y Rajoy apenas se parecen en nada. Pero han dado la impresión de que uno y otro apuestan, al final, por la misma estrategia: esperar y aguantar. El primero con la confianza en que la recuperación global ayude a la economía española a escampar lo suficiente, a pesar de los negros presagios, para poder alcanzar en mejores condiciones el tramo final de una legislatura estancada. El segundo, con la esperanza de que el paulatino desgaste de la acción del Gobierno por efecto de la crisis baste para que caiga como fruta madura. Mariano Rajoy es un experto en esperar sin perder los nervios, para exasperación de sus adversarios dentro y fuera del PP. Pero ello, como también se ha visto hoy, no significa que el resto de la oposición esté dispuesta hoy por hoy a sumarse al derribo, primera condición para hacer visible una alternativa donde por ahora podría cristalizar, que es en el día a día de las Cortes y en la inminente negociación presupuestaria.